

Lo cual es tan gran gloria, que la celebra varias veces la Sagrada Escritura. Por Isaías dice el mismo Dios ¹: «Yo soy Señor, y no hay más fuera de mí; no hay otro Dios». Y en el Deuteronomio dice: «Atended que yo soy solo, y fuera de mí no hay otro Dios. Yo mataré, yo daré vida, yo heriré y sanaré, y no hay quien de mí mano pueda librar». También la madre del santo Samuel engrandeció esta gloria de la unidad de Dios, cuando dijo ²: «No hay Santo como es el Señor, no hay otro fuera de Ti, ni hay fuerte como nuestro Dios». Las cosas por ser únicas se estiman más, y cuanto más preciosas, la singularidad las realza. ¿Cuánto debe ser estimado Dios tan perfecto, tan grande, tan único, que ni tiene igual ni le puede tener? Y si á muchas cosas la particularidad da mayor estima que su perfección, y á otras muy excelentes su multitud envilece, donde no hay más que un Dios, y éste tan inmenso, ¿en qué aprecio le hemos de tener? ¿qué amor y reverencia le puede bastar? Porque si le perdemos, ¿dónde hallaremos otro? Si á Él enojamos, ¿á qué otro nos podemos huir, y quién nos libraré de sus manos? Y si tenemos necesidad, ¿quién otro habrá que nos ayude? Él mismo dice por el Profeta Oseas ³: «No sabrás de otro Dios fuera de mí, y no hay Salvador sino yo». ¡Oh cuánta necesidad tenemos deste Dios Omnipotente, pues es solo! Si un rey de la tierra se enoja contra uno, hay otro reino adonde se pueda huir, y otros reyes que le puedan favorecer; pero ¿dónde se hallará un mundo que esté exento de la jurisdicción divina? ¿Dónde se hallará otro Dios que ampare á un pecador? Si el sustento de todos los hombres del mundo sólo le diera un árbol, ¿qué cuidado se tuviera en que nadie le cortara? ¿cuán guardado y cultivado estuviera de todos? Y si como hay muchas fuentes y ríos no hubiese sino sola una fuen-

1 Isai., 45.

2 I Reg., 2.

3 Oseas, 13.

te, ¿cómo procuraran todos conservarla? Pues no hay sino un Dios que pueda hartar y satisfacer nuestro corazón, no hay sino un Señor Omnipotente que nos sustente, procuraremos conservarnos en su amistad y gracia, pues dél tenemos en todo necesidad.

¡Oh Señor inmenso, que siendo uno vales por infinitos, y sin Ti infinitos mundos no valieran nada! Tú, Dios mío, me vales más que todo, y así te pido que te estime más que todo, que te admire más que todo, que te ame más que todo. Dame que me una contigo y no quiera más que á Ti sólo, pues eres todos los bienes, y en Ti tengo todo. ¡Oh quién viviera de tal manera en el mundo como si no hubiera otra cosa más que su Dios! ¡Oh quién viviera tan bien acompañado que á sólo su Criador atendiera! Uno eres, Señor; pero no hay otra cosa que desear. Uno eres, porque eres tolo; y único eres, porque no hay otro como mi Criador. Ámete yo únicamente, ámete yo solamente; y si amare otra cosa, sea por ti, y en ti, y para ti.

CAPÍTULO IX

La orden que requiere Aristóteles para la hermosura, está en Dios con suma excelencia. Trátase del misterio de la Santísima Trinidad.

I

Otra gran calidad de la hermosura que requiere Aristóteles ¹, es el orden. También dijo San Bernardo ² que el orden daba hermosura, y por su gran importancia San Juan Damasceno ³ y San Gregorio Nacienceno ⁴ llamaron al orden padre de todas las cosas, porque las da su punto y

1 Aristot., 13, Metaph. 2 Bernard., serm. 49. in Cantic. 3 Damasc. lib. 3, Paralip., c. 83. 4 Nazian., orat 26.

razón, y con mucha particularidad parece necesario en la hermosura; porque no basta para que sea una cosa hermosa que tengan proporción sus partes, si no tienen orden entre sí; porque si los ojos se pusiesen en el lugar de la boca, y la boca en el de los ojos, aunque tuviesen proporción, la falta de orden hiciera disforme aquel rostro; y una misma pintura, por hermosa que sea, con sólo no ponerla derecha, sino al revés ó al soslayo, pierde su gracia, de modo que no parezca bien á la vista: y así es necesario se añada á la proporción el orden. Pues para entender con cuánta excelencia se halle esta propiedad de lo hermoso en Dios, se ha de suponer que todo lo que se ha dicho de la Hermosura divina, por la proporción ó conveniencia de tantos atributos y perfecciones con la unidad de un sér, lo puede alcanzar la razón, y pudo caer en el pensamiento á algunos filósofos; pero si abrimos la puerta á lo que nos ha revelado el mismo Dios, á que no pudo llegar entendimiento criado, se nos descubre otra estupenda y nunca pensada hermosura en el inefable misterio de la Santísima Trinidad, en el cual se ve el más maravilloso orden y ajustada proporción que era posible ni imaginable, donde las tres Divinas Personas, que son realmente distintas entre sí, convienen en la unidad de una misma esencia, y guardan un orden perfectísimo y maravillosísimo. Respecto desta hermosura se puede decir desproporción toda la proporción de los cielos, y desordenamiento todo el orden del universo, y descompostura todo ornato de lo más aseado, y deformidad toda hermosura de lo criado. ¿Qué más admirable proporción, que siendo Padre, Hijo y Espíritu Santo distintas Personas entre sí, que no sean distintas de la naturaleza divina que es común á todas tres? ¿que así como la Persona del Padre es una misma cosa con la esencia divina, así lo sea el Hijo, y así lo sea el Espíritu Santo? ¿que siendo

las Personas tres, sea la naturaleza de todas una? Esta es proporción sobre todas proporciones, y hermosura sobre toda hermosura, y orden sobre todo lo ordenado, y gracia sobre todo lo gracioso. Este es espectáculo que vence todo deseo; este es teatro que llena toda la bienaventuranza, no sólo de la criatura sino del mismo Criador. Para este milagro de milagros nacimos; á esta vista están convidadas las criaturas capaces de razón; esta hermosura ha de llenar nuestras voluntades; esta belleza ha de arrebatarnos amor. Cese entre tanto nuestra curiosidad; resérvese para este secreto. Quien ha de saber cómo es Dios Trino y Uno, lleve con paciencia la ignorancia deste destierro. No se mate por saber lo que no importa, pues ha de saber lo que tanto le aprovechará que le haga bienaventurado. Cierre los ojos á todo lo de la tierra, pues le han de abrir los del alma, para que vea este secreto del Cielo, para el cual le faltará comprensión y potencias, y deseará con mil ojos gozarle: porque no sin causa aquellos misteriosos animales que nos propone la Escritura, que estaban todos llenos de ojos, estaban delante de Dios, para darnos á entender que no bastan ojos ni entendimientos para ver su infinita Hermosura; que es una vista para la cual debemos reservar toda nuestra curiosidad, porque nos haremos ojos por verla, admirarla y gozarla; ahora contentémonos con creerla y reverenciarla. Con todo eso, para que veamos en ella alguna proporción y conveniencia, declararemos lo que puede alcanzar la oscuridad de nuestra razón, y hallaremos en ello una hermosura ordenadísima, como la halló Ricardo Victorino, el cual reconoció en el orden deste sacrosanto misterio un sumo ordenamiento y hermosura. Y así considerando el número de las divinas Personas, dice ¹: «Ruégote que me digas: ¿qué pluralidad será más hermosa, cuál más

¹ Ricard., l. 5. de Trinit., cap. 2.

conveniente te parece á ti? ¿Por ventura aquella que se distingue con una ordenadísima variedad de Personas, y que está decentísimamente esmaltada con un maravilloso modo de proporcionalidades? ¿ó aquella que no está eslabonada con alguna conveniencia de diferencias, ni está adornada con algún orden? Pienso que nadie juzgará que puede faltar lo más hermoso á la Suma Hermosura. Y así se ha de creer que ni puede faltar en la suma felicidad una suavísima conformidad de Personas, ni en la Suma Hermosura una ordenadísima variedad de sus propiedades.

II

Para entender mejor este hermosísimo orden de las Personas divinas, se ha de suponer el maravilloso orden y proporción que hay entre los atributos divinos y sus objetos principales; porque un entendimiento infinito no está bien ordenado sino con una sabiduría infinita; ni una sabiduría infinita se satisface sino comprendiendo infinito, y con un modo infinito, de suerte que sea cabal infinitamente en todas sus partes, así de prudencia como de ciencia. Por lo cual Dios no es sabio como quiera, sino con la mayor perfección de su providencia y comprensión que es posible ni imaginable. Á este modo también una bondad y voluntad infinita no estaba ordenada sin una caridad infinita, ni una caridad infinita, dice Ricardo¹, puede estar bien ordenada, si no es siendo tres las Personas divinas; de suerte que el orden de la caridad que hay en Dios es como fundamento de la hermosura y orden que hay en la Trinidad de Personas con la unidad de una esencia. La razón es, porque la caridad, que es la flor más hermosa y el fruto más excelente de todas las virtudes, y no puede faltar en

¹ Ricard., l. 3, De Trinit., cap. 2, 14 y 15.

Dios, es amar á otro por lo que es, y como á sí mismo. Pues si Dios amara á otra cosa como á sí, amara á la criatura como á sí, ó por lo que ella era, y esto fuera gran desorden; y así, para que la bondad y caridad de Dios sea ordenada, ha de haber otra Persona que sea también Dios; por lo cual es necesario que haya en Dios muchas Personas; porque por lo menos para el orden de caridad son necesarias dos, entre las cuales haya comunicación de bienes y verdadero amor. Pero porque el gozo que resulta desta comunicación no se comunicó hasta que ella resultó, era necesaria otra Persona á quien se comunicase la gloria y bien de la comunicación; y que no sólo hubiese dos Personas que una á otra se amase, sino otra tercera, á quien se comunicase su amistad, con la cual tuviesen compañía y complacencia de amistad. De suerte que el perfecto orden de caridad pide en Dios tres Personas, y que todas tres sean un mismo Dios, y en ninguna manera tres Dioses, y esto es por la fuerza de la misma caridad y amor, cuyo blanco y naturaleza es unir y hacer otro tal, y de muchos uno. Pues como el amor de Dios ha de tener su eficacia infinita, por eso entre las Personas que intercede adecuadamente ha de hacer que sean una misma cosa, no solamente con afecto, sino con efecto; esto es: real y verdaderamente; y así es que las tres Personas divinas son un mismo Dios, y por consiguiente son ellas en sí en todo iguales, pues no puede ser menor que otro lo que es Dios.

De aquí se sigue, porque en Dios todo ha de ser sumo y perfecto, que estas tres Personas han de ser muy conjuntas, teniendo un admirable orden entre sí, y que la una ha de ser Padre que engendre al Hijo; la segunda el Hijo que sea engendrado, y la tercera otra que proceda de entrambas. La razón es, porque la compañía ó junta de

algunas personas tanto es más suave y gustosa, cuanto más parentesco, cercanía y orden tienen. Y así no podía faltar en la suma felicidad de Dios aquello que es más suave. Por lo cual es necesario que haya conexión y orden entre las divinas Personas, y que no sea cada una de por sí y de sí, sino que las dos procedan y que la otra sea fuente y manantial de toda procesión¹. Y porque dos maneras hay de comunicación muy conjunta del sér, una por vía de generación, como Abel procedió de Adán, siendo su hijo; otra solamente por vía de procesión pura, al modo que Eva procedió del mismo Adán, no siendo engendrada dél ni siendo hija suya, como también algunos vivientes y sensibles proceden de otros, sin ser los unos padres ni los otros hijos. Convino que uno y otro modo de conjunción y procesión hubiese en Dios, que la una Persona fuese Hijo engendrada del Padre, y la tercera que procediese de entrambas sin ser engendrada; y con esto tuviesen una hermosa variedad de orden y conexión particular las divinas Personas, y así más conjunción, y así más amor, y así más suavidad, y así también más hermosura, si se puede decir más donde todo es sumo, todo infinito.

Síguese también que como el fundamento desta necesidad del número de tres Personas en Dios sea la infinita perfección de su bondad, y suma caridad, y amor infinito, y para amar se suponga el conocimiento, y también porque la perfección de potencias en las substancias espirituales sea en el entendimiento y voluntad, viene á ser que la procesión de las divinas Personas sea por estas dos facultades ó perfecciones; esto es: por entendimiento y voluntad; porque la primera Persona engendra por su divina intelección al Hijo, y Padre é Hijo producen por acto de su infinita y ardiente voluntad á la tercera Persona, que es

¹ Ricard., lib. 5, cap. 2.

Amor, y la llamamos Espíritu Santo; porque del entendimiento es producir imágenes, y no de la voluntad; por eso la segunda Persona, que procede por vía de intelección, es Hijo, y no la tercera: porque es fuerza que la generación tenga por su propia esencia hacer imagen y semejante al engendrado del que engendra.

III

Mil órdenes, mil conveniencias, mil hermosuras, mil maravillas hay en este venerando misterio, en este sacrosanto secreto, en esta maravilla de maravillas de la Trinidad de Dios en una simplicísima unidad, de la distinción de Personas en la identidad de una misma naturaleza. Basta lo dicho ahora para que admiremos un hermosísimo orden de las relaciones divinas en la unidad de una sola substancia, que si no puede alcanzar esto la evidencia de la razón humana, es convenientísimo á la grandeza de la divinidad que sea sobre toda razón, discurso y entendimiento criado. Antes este mismo exceso de la excelencia divina, que no cabe en nuestro concepto, es confirmación de su infinita Perfección y Hermosura; porque á este paso es todo lo que hay en Dios maravilloso, maravillosísimo, grande, grandísimo, hermoso, hermosísimo; porque por la incomprendibilidad deste tan ordenado misterio, podemos rastrear la incomprendibilidad de su Hermosura. Por esta muestra se puede estimar el valor y fineza de toda la tela. Todo Dios es sobre cuanto se puede pensar, hermoso sobre cuanto se puede concebir, y amable sobre cuanto se puede desear. ¿Qué admiramos, qué deseamos, qué amamos, sino tanta inmensidad de perfección y hermosura ordenadísima? Ni nuestras potencias pueden estar ordenadas si no se emplean en tan hermoso objeto; y así Apo-

nio ¹, considerando el admirable orden de la Santísima Trinidad, dice que se ordenará por su contemplación la caridad en nosotros. ¿Quién, viendo que por el ordenamiento de la caridad es Dios tan admirable y perfecto sobre toda perfección, no procurará ordenar también su corazón para no ser imperfecto y pecador? Y pues no bastó en Dios amarse una Persona sola, sino amar á otras, ¿por qué estrechamos nuestro amor á nosotros mismos y no le traspasamos á Dios? Este es gran orden de caridad cuando uno ama á Dios y se aborrece á sí. La Esposa, por gran favor del Señor, dice: «Ordenó en mí la caridad». El modo con que la ordenó lo declara la versión sira, según la cual se dice: «Ordenaron contra mí el amor»: porque entonces estará ordenada la caridad, cuando por amor de Dios nos hagamos guerra á nosotros mismos y nos aborrezcamos; cuando, volviéndonos contra nosotros, todo nuestro corazón y afectos, nuestra alma y pensamiento, nuestra virtud, fuerzas y potencias ocupemos en amar la Hermosura divina. Este es el orden de nuestra caridad, dice Aponio ²: «Conforme á lo que se dice en el principio del Decálogo: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón*; el segundo orden es con toda tu alma; el tercer orden es con toda tu virtud». Convoquemos todo cuanto somos, todas nuestras potencias, facultades, fuerzas, y todas totalmente para amar al que es más que todo, y todo es hermoso, y todo totalmente; porque éste es eminentemente un admirable orden de los atributos divinos, que todos sean totalmente perfectos, y cada uno sea todos. ¿Qué mayor orden se pudo imaginar que donde hay suma igualdad y está todo derecho? ¿Y qué mayor igualdad que donde todo es infinito; y cada uno todo, y todo puesto en razón, y ordenado y recto? Bien se maravilló Albino desta grandeza divina

¹ Aponius., in cap. 2, Cantic.

² Apon., sup.

cuando exclamó, diciendo ¹: «¡Oh Dios, debajo de quien está todo, en quien está todo, con quien está todo!»

IV

Fuera deste hermosísimo orden de la caridad que resplandece en el misterio de la Santísima Trinidad, se descubre en otras muchas cosas la altísima perfección de la naturaleza divina. Porque por ser perfectísimo Dios es fecundísimo, y así no pudo estar sin Hijo; porque así como la fecundidad en otras naturalezas es cuando llegan á estado perfecto, así Dios por ser perfectísimo había de ser fecundo, y de un Hijo tan perfecto, que hubo de ser también Dios. La fecundidad del hombre no fuera perfecta aunque pudiera producir un águila ó león ó un monte de oro, si no produjera á otro hombre. De la misma manera la fecundidad divina no fuera perfecta aunque produjera millones de serafines ó criaturas más sublimes, si no producía otro igual y semejante en todo, que fuese también Dios. Resplandece también en este misterio la suma potencia del Sér divino, pues llega á producir no sólo lo que quiere, sino un Hijo que es infinito, y tan sumamente perfecto, que es Dios Omnipotente; porque si la eficacia y poder de una cosa se echa de ver por la grandeza del término que produce, cuando lo que se produce es lo que es Dios é infinitamente perfecto, la virtud ha de ser infinita y divinísima. Demás desto, la Trinidad de Personas es un argumento grande de la suma simplicidad de la naturaleza divina, pues por eso es tan eficaz su virtud, porque es la naturaleza tan una y simplicísima en sí: porque así como la virtud unida es mayor, así debe ser muy uno y simple el Sér divino que tiene tan grande virtud, que produce tal

¹ Albin., in invocat. ad Sanct. Trinit.

Hijo, que es Dios. Sobre todo es de gran consuelo el infinito abismo de bondad que campea en este misterio, viendo la mayor y más estupenda comunicación que es posible ni imaginable. Mayor por cierto de lo que se pudo imaginar, pues todo cuanto Dios es se comunica; porque como sea propio de la bondad comunicarse, donde la bondad es infinita, la comunicación había de ser suma; y así pertenecía á la inmensa bondad de Dios comunicarse inmensamente, lo cual no podía hacerse mejor que comunicando la misma inmensidad de su naturaleza, toda su substancia, esencia, perfección y cuanto es. ¡Oh inmenso Dios, y bueno inmensamente! ¡Cómo me gozo de ver vinculadas en vuestra misma esencia tantas prendas de mi bien! Gózome que no os faltará esta bondad para querer comunicarme siquiera una participación de vuestro Sér divino, ni virtud para concederla; y que esa naturaleza que participare por gracia, es perfectísima, altísima, santísima, hermosísima, simplicísima, pero llena toda de verdad, justicia, misericordia, liberalidad, y de infinitos bienes y perfecciones. Concédeme que la admire, si no como merece, como puedo, que la reverencie, la ame y la sirva con un afecto puro y simple en la intención, pero en la eficacia y fervor multiplicado.

CAPÍTULO X

Otra condición de la hermosura, que es la integridad, está en la naturaleza divina. Trátose de la bondad natural de Dios.

I

Las condiciones que acabamos de decir, de la proporción y orden que tiene lo hermoso, suponen otra, que es la integridad de partes, de suerte que sea en todo cabal y perfecto: porque aprovechara poco que tuviera un rostro las

faciones muy proporcionadas y bien ordenadas, si le faltara un ojo ó la nariz. Una sola parte que faltase, bastaría para afean todas las demás. Por eso dicen comunmente los filósofos que el bien consta de la integridad de sus causas: pero para el mal basta cualquier defecto; porque para lo bueno se requiere perfección, la cual no hay en faltando algo; pues como Dios sea infinitamente bueno, de modo que dista infinitamente del mal, carece de todo defecto, y posee enteramente cuanta integridad se puede desear para ser con infinitas ventajas perfecto y hermoso. Para entender esto declararemos cuánta sea la bondad y perfección divina, cuán entera y cumplida: hablo de la bondad natural, que es lo mismo que la perfección y excelencia de su naturaleza; porque de la bondad moral hablaremos en otra parte; si bien es suma gloria de la Divinidad que su bondad natural encierra necesariamente á la bondad moral de la virtud y á toda santidad; porque no es Dios como las demás naturalezas, que les es la virtud accesoria y la santidad accidental, advenediza y distinta de su bondad y perfección física; porque en Dios es una misma cosa, y así por su misma naturaleza es infinitamente virtuoso y santo. Tan llena, tan entera, tan cumplida es la perfección de su esencia, que fuera de no faltarla nada, tiene juntamente la perfección de la virtud. Pues ¿cómo le puede faltar privilegio ni perfección de su naturaleza, quien en su mismo sér natural tiene el privilegio de la virtud moral? Ninguna parte de perfección puede faltar al que es, no sólo la fuente, sino el mar de toda perfección, y un infinito océano de bienes: por lo cual llamó Albino¹ á Dios, *lleno*, porque tiene y es cumplimiento de todo lo bueno.

Queriendo, pues, declarar San Dionisio² esta perfec-

¹ Albinus in quæstionibus *De Trinit.*, inter. 3.

² Dionys. *De Divin. nomin.*

ción de la naturaleza divina, dice lo primero: que Dios es perfecto por sí mismo; en lo cual nota una inmensa diferencia entre la bondad divina y la de las criaturas, que Dios no ha recibido su sér y perfección de otro que fuese su causa eficiente, ni formal, ni ejemplar, porque la tiene por su mismo Sér. Él es la primera bondad, la primera perfección, el primer bien, sin dependencia de otro; antes dependen dél los demás. Él es un pozo inagotable de todo bien, y como el arca de agua de todas perfecciones, que dél manan y sacan su bondad. Desta gloria de ser perfecto Dios por sí mismo, se sigue que lo es por sola su esencia simplicísima, sin tener necesidad de otra forma, ni calidad, ni accidente, ni modo real que se le llegue; porque por su misma simplicidad y esencia tiene con toda integridad cuantas partes son necesarias para ser sumo, infinito, bienaventurado, omnipotente, perfectísimo. Mas á las criaturas toda su perfección les viene de otra parte, y la reciben de Dios, al modo que el sol no recibe luz de otro cuerpo, y las demás estrellas la reciben del sol; porque como las criaturas no tengan sér por sí mismas, tampoco tienen de sí su bondad y perfección; y así han menester se les acrecienten muchas cosas para ser perfectas, recibiendo varias formas y accidentes que las adornen. Pongo ejemplo en la criatura más alta de todas, que es un serafín; el cual, fuera de su substancia, ha menester para su perfección las potencias del entendimiento y voluntad, luego muchas especies inteligibles, muchos hábitos, muchas ilustraciones, muchos actos de sus potencias. De donde nace que en las criaturas puede haber defecto y no tener entera su perfección, pues es cosa distinta de su substancia. Mas en Dios, como sea lo mismo ser, que ser perfecto, y lo mismo su substancia que su sabiduría, omnipotencia, inmensidad, y todos los demás atributos, así como no puede faltar su Sér, tampoco

le puede faltar alguna de sus perfecciones; y como su Sér sea simplicísimo, nada se le puede quitar dél. Por lo cual no puede ser mayor la entereza de Dios, pues consta toda en su infinita simplicidad: porque así como la bondad divina no es ni pudo ser compuesta de perfecciones distintas, así tampoco puede ser descompuesta de alguna, sino toda entera, pues ninguna la compone, sino ella es todas; por lo cual la infinita simplicidad de Dios es la más cabal bondad que es ni puede ser imaginable, pues es todo el bien que puede ser.

Dice lo segundo San Dionisio, que Dios es *sobreperfecto*, esto es, que no sólo es perfecto por sí mismo, sino sobre toda perfección imaginable más excelente y superior que cuanto puede concebir entendimiento criado, y aun el increado, como nota Ricardo Victorino. Esta suma perfección vió el Profeta Ezequiel ¹ dibujada en un círculo de fuego, en que el Señor estaba metido, y debajo tenía el firmamento, y debajo del firmamento estaban las cabezas de aquellos cuatro misteriosos animales, que eran símbolo de las inteligencias y naturalezas más sublimes del mundo, y estaban también sobre las nubes, y las nubes sobre el río Chobar de Babilonia; porque así el círculo como el fuego son símbolos de lo que es perfecto, y estar sobre el firmamento, y el firmamento sobre las cabezas de aquellos querubines y sublimes espíritus, y éstos sobre las nubes, y las nubes sobre el aire, agua y tierra, era dar á entender que Dios era perfecto sobre toda la perfección del mundo, así intelectual como elemental; porque por el mismo caso que tiene la perfección de sí mismo, la tiene sin límite, ni modo ni tasa; y por consiguiente la tiene, no sólo infinita, sino infinitamente entera y cabal: al contrario de las criaturas, que tienen su perfección limitada, por recibirla de otro, según la determina quien se la da.

¹ Ezech., 1.

II

De aquí nace lo que en tercer lugar añade San Dionisio, que Dios es tan entero, tan cabal y perfecto, que ni se le puede aumentar un ápice de perfección, ni se le puede disminuir un punto: porque por ser sobre toda perfección, siendo infinitamente perfecto, no hay bien que se le pueda acrecentar; y por ser perfecto por sí mismo, nada se le puede menoscabar. Y así dice San León¹: «Á la naturaleza simplicísima de la Divinidad nada se le puede añadir ni quitar, porque siempre es lo que es». ¡Oh gran privilegio de majestad, ser tan seguro, que nada puede perder, ser tan grande, que nada puede crecer! Con razón se le apareció el Señor al Evangelista San Juan en figura de piedra jaspe, piedra que es muy firme y tiene en sí toda variedad de colores, por la estabilidad de la naturaleza divina, á la cual ninguna perfección se le puede caer, y por la variedad de toda perfección que contiene, que ninguna se le puede aumentar. De tal suerte es Dios perfecto é incapaz de aumento, que dicen los teólogos que no es menos Dios solo que Dios y todo el mundo: porque toda la perfección de las criaturas no añade cosa notable ni perfección juntada á la de Dios, mucho menos que añadiera á un monte tan alto que llegara á la luna, si se le llegara un granito de arena. Fuera de que el mundo está en Dios con modo más eminente que en sí mismo, y le contiene Dios en su divina omnipotencia; y así Dios no puede recibir mejoría, porque es lo mejor que puede ser. ¡Oh suma Hermosura y suavidad de Dios, que no es capaz de más, porque tiene todo! ¿Qué hermoso paraíso fuera donde hubiese tanta variedad de flores olorosas, que no se le pudiese aña-

¹ San León, apud Albert. Mag.

dir ninguna más, y tanta diversidad de árboles vistosos y frutas sabrosas, que no pudiese venir ninguna de nuevo, y tanta multitud de aves de apacible vista y suave música, que no faltase ninguna? ¡Oh hermosísima vista de la Divinidad, tan llena de todos bienes, todos gozos, todas perfecciones, que no sea capaz de más! Muy lejos está de faltar algo á quien no se le puede añadir nada. Muy lejos está de no estar entera la que no puede estar disminuída. ¿Á qué más puede aspirar nuestro corazón que á aquella Bondad tan inmensa, adonde no puede llegar nuevo bien, porque los tiene todos? ¿Qué más puede desear nuestra alma que ver aquella Hermosura tan suma, que no puede recibir más gracia ni resplandor? ¿Qué amamos fuera de Dios, pues en Él están tantos bienes que amar, que no se puede amar más? En Él está enteramente todo bien, toda perfección, toda amabilidad. Mira cuánto ofendes cuando le ofendes: mira cuántos bienes desprecias cuando pecas. Dios es cabal y entero con todas perfecciones; es inmenso, sabio, omnipotente, infinito, justo, misericordioso; y tantas grandezas y bienes menosprecias con un pecado, cuantas son las perfecciones divinas. Teme ser injurioso con culpa á quien debes servir con amor, y á quien con mil corazones y voluntades debes respetar, con mil entendimientos admirar. No ofendas en algo al que tiene infinitas razones por que ser amado. No te contentes con guardar parte de su ley, faltando en otra, porque á Dios no le falta parte por que ser respetado y amado. Sirvele enteramente, pues tan enteramente es grande, bueno y perfecto.

III

De lo dicho se sigue un grande blasón y gloria de la Divinidad, que es bastarse á sí y sobrar para otros, ser su-

ficiente á sí misma y ser liberal con los demás, rebotando en tantas perfecciones y bienes, que los derrama continuamente en las criaturas. Por lo cual dijo Platón «que así como un vaso lleno de vino se derrama, así la bondad de Dios, que está en sí llenísima, rebosa y redonda en los hombres y otras criaturas». Mejor se significó esto al Profeta Daniel ¹, cuando vió á la Majestad divina en un Trono de fuego tan encendido, que de allí rebosaba un río impetuoso, todo de fuego: porque con razón era el Trono de fuego, por ser este elemento el más perfecto de todos, más sublime, más comunicativo, más amigo de salir de sí y extenderse, más eficaz y activo. Y así se significa por él la naturaleza divina, que es la más perfecta, sublime, liberal, y que derrama en otras grandes bienes, dones y perfecciones, con tan continuos favores, como son las aguas que corren en un río. Esto es lo que en cuarto lugar nota San Dionisio ², el cual dice que Dios, «por ser sobreperfecto (así habla, inventando palabras nuevas para explicar lo que aún no se concibe), rebosa su divina bondad con incesable, y una misma, y sobrellena, y nunca disminuíble largueza, por la cual perfecciona todas las cosas perfectas, y llena á cada cosa con su perfección conveniente». ¿Cómo no será suficiente para sí quien sobra para infinitos mundos? «Así como el sol (dice Lactancio) ³ que nace cada día, aunque sea uno, con todo eso, porque es verdadera luz, y de perfecta plenitud, con gran calor y resplandor clarísimo alumbraba todas las cosas», así Dios, siendo uno solamente, ilustra, sustenta, fomenta y llena todas las criaturas con su debida perfección, dándosela Él á todas, sin recibirla Él de nadie; estando tan lleno de bienes, que le sobra para todo. Gran excelencia de Dios no faltarle nada, ni haber menester

¹ Daniel, 7. ² Dion., cap. 13. *De Divin. nomin.* ³ Lactant., lib. 2, cap. 10.

ter á nadie, y haberle menester todos á Él. ¿Adónde vais, potencias mías; adónde, afectos de mi corazón, sino á este mar de bienes que os llenen, á este Dios tan lleno que os satisfaga, á este ser tan sobrado que cumpla todas vuestras faltas? ¡Oh Señor perfectísimo! ¡Oh Padre Santísimo! ¡Oh ser perfecto y sobreperfecto, y sobradísimo, y redundante en perfecciones! ¿Qué es esto que oigo de la boca de mi Redentor, que sea perfecto como mi Padre Celestial? ¿Cómo tan gran dechado de perfección se propone á tan imperfecta criatura? Concédeme que te imite con tu gracia en la perfección que puedo; que no me contente con ser perfecto en la guarda de tus mandamientos, sino que sobre esa perfección siga tus consejos, que no me contente con las obras de obligación, sino que añada muchas de supererogación. Concédeme que ni reciba aumento ni disminución con las cosas del mundo, que no me levante con la prosperidad, ni me encoja con la adversidad; que no me dilate con la alegría vana, ni me estreche con tristeza inútil; que sea uno mismo para servirte, y que no quiera crecer sino en tu gracia, ni tema menoscabo sino el de tu servicio. Concédeme que, despreciando todas las cosas del mundo, me sobren todas, y me bastes tú solamente. Concédeme tanta gracia, que reparta á otros cuantos bienes tuviere de la tierra, y desee en todo los bienes del cielo.

CAPÍTULO XI

La condición de la hermosura, de tener convenientes términos y competente grandeza, está en Dios con eminencia por su inmensidad, de la cual se trata.

I

Señaló Aristóteles ¹ también por condición de la hermosura que tuviese competente cantidad y extremos con-

¹ Arist., 13, *Metaph.*